

Revisión de un largo camino

o

No quisiera empezar criticando —costumbre inveterada en mí, por estimar altamente la crítica—, pero haré, en pocas palabras, algo parecido.

Siempre encontré detestable *la idea* de una universidad a distancia —subrayo la idea porque no aludo a ninguna universidad existente—. Lo didáctico abomina la distancia: exige la proximidad de la persona magistral. La autoridad magistral marca o instituye su campo de acción en el terreno de los afectos suscitados por ella. Todo afecto tiembla ante la distancia: conclusión que doy como irrefutable. Y, a renglón seguido, señalo que mi conocimiento de Ortega y mi adhesión a su magisterio ocurrieron a una distancia considerable. Yo no conocí a Ortega, ni apenas su obra, antes de salir de España, en 1922. Empecé a leerle en Roma, donde permanecí casi seis años. En ellos asimilé la enseñanza de Ortega y la adopté como base de mi incipiente tarea intelectual.

Esta paradoja quedó para mí aclarada años más tarde, por un hecho. Una palabra puede ser un hecho o más bien el secreto núcleo de un hecho: procuraré destacar la palabra, en todo su valor, minimizando la *mise en scène* anecdótica que la provocó.

En París (1938), hablando con el gran hispanista M. Aubrun, me encontré arrastrada a soportar una crítica feroz de Ortega... M. Aubrun me había invitado a comer en un restaurante encantador —rué Vaugirard, creo que recuerdo— y la discusión empezó antes de llegar a los postres. Torpe, sumamente torpe por mi parte, en primer lugar porque me faltaban recursos técnicos, verbales —nunca hablé, ni hablaré, bien el francés—, culturales, filosóficos para luchar con el profesor, y, conociendo la inseguridad de mi ignorancia, yo rebuscaba entre mis haberes la realidad de algo firme. Logré —tosiendo, con estrépito incivil— exponer con claridad *la circunstancia de Ortega*, que era la de España. No usé en aquel momento el término *circunstancia*, la describí como pude, con empeño, con rigor despiadado: tanto que mi contendiente empezó a sentirse incómodo por mi acoso. Le vi a dos pasos de batirse en retirada y aceptó reconocer que el valor didáctico de Ortega era extraordinario. Gomo yo no me avenía a quedar

en eso, encontró al fin un recurso terminante y me dijo: «Bueno, bueno..., usted cree que con todas esas razones me va a convencer porque usted piensa que un *hispanista* tiene que ser un *hispanófilo*»... Lo dejó ahí, sin detenerse a recalcar que ese no era su caso, lo que evidentemente saltaba a la vista.

En resumen, el profesor Aubrun pronunció la palabra que yo considero un *hecho histórico*. La palabra que iluminó para mí, retrospectivamente, la cátedra a distancia, la paradoja que demostraba su posibilidad. Bueno, lo que demostraba era su excepcionalidad.

Puntuando lo retrospectivo. Lo primero que se nos ocurre —no; lo primero que nos ocurre, que nos sucede, que se nos impone sin opción ni necesidad de decidir— a los aficionados al exilio, a los que salimos volando apenas emplumados y vivimos una vida trashumante, profesamos en aquello que fatalmente nos haría seguir siendo huidizos, escapados, arrojados... siempre con una naturalidad que ni siquiera exige atención; lo primero que se nos ocurre es la consideración de nuestra *hispanofilia*, de nuestra *filia* hispánica, de nuestra genealógica adhesión *filial*. Recalco bien que no se trató nunca de nada que cuente entre lo que se nos dio como tabla de deberes, sino de lo que aparece en una inspección genética, simplemente, palpando con la mano los miembros vitales que componen nuestro... nuestra... personalmente, espíritu, facultades esenciales... Y, claro está, si consideramos la nuestra —hispanofilia, digo—, tenemos que empezar considerando la diferencia que, forzosamente, existe entre la nuestra, de españoles, y la de los otros, los que ven *la cosa* desde fuera. De modo que lo primero que nos saltó a la vista fue la hispanofilia de nuestros padres, de nuestros maestros próximos que, patentemente, tiene una consistencia conflictiva. Por lo tanto, yo —para afirmar algo tengo que atreverme a decir *yo*—, en mi primer exilio voluntario ejecuté el movimiento natural de retener lo que dejaba. Quiero decir, de comprobar que no dejaba nada, que no podía dejarlo porque era ello lo que no me dejaba. Recalco nuevamente que no se trataba de movimiento sentimental ni tampoco de conveniencia ni deber, sino de que no me dejaba lo que no podía dejarme porque era yo misma... Yo me había ido por mi cuenta a otro sitio, y en aquel sitio —y en otro cualquiera, pues mi propósito era seguir recorriendo sitios—, en aquel que era mí presente, trataba de encontrar qué era eso que yo era... Otra aclaración. Nada de esto que hoy dicen con toda naturalidad, «buscar el propio yo»... No, yo no dudé nunca de mi propio yo. Lo que buscaba era el modo de actuar consecuentemente con mi yo indiscutible. Lo de actuar tampoco está claro, porque actuar en la vida era fácil si se reducía a vencer dificultades externas. Meditaba en el modo de actuar porque había elegido, o seguido, una vocación. Quería actuar intelectual-mente, literariamente, más bien, y, para eso, para decidir lo que tenía que hacer, lo difícil no era el *qué*, sino el *cómo*. El *cómo* es lo que se aprende en la escuela, y yo, autodidacta, tenía fe en la escuela, tenía esa fe no marchita por ninguna decepción: fe en su forma más vital, en forma de anhelo.

En fin, todo este proceso no era más que una búsqueda de alimentos afines con la dieta seguida en el período parvular.

Al ir ahondando en la obra de Ortega encontré el tono de la escuela ideal... ¡Nada más ideal que la realidad!... La escuela de Ortega era ideal porque había sido real sin ostentarlo, sin imponerlo, simplemente siéndolo. Todo lo sabido y todo lo vivido —aun lo ignorado— había rezumado de ella. Las gentes de mi tiempo estábamos conformadas por aquello que todavía no había terminado de delinear su forma. La escuela se iba haciendo *al mismo tiempo*. Si rebusco ahora en las obras de Ortega, para poder citar con justeza, encuentro la primera página de sus *Obras completas*, el primer artículo, titulado «Glosas», en el que se explaya sobre los maestros que fueron y siguen siendo, y los que dejaron de ser. Dice: «Hablo de la crítica que discierne entre cosas que viven.

»Ahora bien, ¿creen ustedes que la vida se deja taladrar y arrastrar sin lucha?

»El crítico ha de luchar, la crítica es una lucha. ¿Cómo no se ha de descomponer el vestido? ¿Cómo puede flotar la serenidad sobre la lucha?» Este artículo fue publicado en diciembre de 1902. Yo tenía en ese momento cuatro años: huelga decir que no lo leí entonces, pero allí se quedó esperándome.

Me detengo un instante en justificar —o al menos razonar— que en esta nota hablo de mí continuamente. No es mía la culpa ^aunque como culpa me pesa— porque así me ha sido propuesto por mi querido amigo Julián Marías, sugiriéndome que hablese de la influencia de Ortega en mi obra, y lo he aceptado gustosamente por encontrarlo adecuado a mis posibles. Y, además, porque me gusta aceptar las cosas propuestas como una forma de diálogo o intercambio, que algunos de mis clásicos —Flaubert, por ejemplo— siguieron, con gran resultado. Por lo tanto, repito que todo aquello que Ortega propugnaba —y vivía— cuando yo empezaba a llegar al *a b c* era lo que ya se respiraba en España. Naturalmente, yo respiraba antes de leer y, a medida que fui leyendo fui respirándolo.

Era el momento de las grandes luchas entre Ortega y Unamuno. De ellas se destacaba el tema de la europeización de España: tema que nos interesaba vitalmente a los volanderos, a los huidíos, potencialmente exiliados. En el ejemplar pugilato de los dos maestros, Ortega asestaba el golpe grandioso del clasicismo, de la explicitación que ponía en hora —en nuestra hora— el concepto de lo clásico. Ortega, en sus dos artículos, «Sobre los estudios clásicos» y «Teoría del clasicismo», expone, concienzuda y apasionadamente, su idea de la cultura clásica, originada —con netitud original— en Grecia. Desarma o desautoriza el preciosismo finisecular, ba-resiano, y da, entre otras, la definición más contundente: «Por esto digo que no se debe buscar primariamente en el arte, en la historia literaria el concepto de clásico: sino primero en la historia de la ciencia, luego en la historia de la ética, del derecho, de la política. En estos dominios, el suelo es firme y podemos llegar a convenio. Después pasaríamos a la estética y

veríamos cómo hay también un clasicismo artístico; pero sólo después. No se entra, en suma, al clasicismo por la senda florida e incierta de lo bello, sino por el severo camino de las matemáticas y de la dialéctica.»

Antes de estos dos artículos —*Impartid*, 1907— había publicado «La ciencia romántica», artículo que era lamentación especulativa de nuestro modo de tratar, profesar, entender e ignorar la ciencia. «El literato no es otra cosa que el encargado en la república de despertar la atención de los desatentos.» Expone el encastillamiento de cada uno de los gremios intelectuales y afirma que «el literato tiene también su gremio y dentro de él su universo, y por eso no habla casi nunca de los hombres de ciencia, para quienes, a su vez, los literatos no existen sino vagamente». Y sigue: «Necesitamos ciencia a torrentes, a diluvios para que se nos enmollezcan, como tierras regadas, las reseca testas, duras y hasta berroqueñas.» Insiste en que «los que predicán la buena nueva de la ciencia no han advertido que quieren que tengamos ciencia alemana o ciencia francesa, pero no ciencia española», y llega a vaticinios pesimistas —dolorosos y, por lo tanto, amorosos—: «Nuestra ciencia será, pues, siempre indisciplinada y como tal fanfarrona: atrevida, irá ganando la certidumbre a brincos y no paso a paso, acordará en un momento sus andares con la ciencia universal y luego quedará rezagada siglos. Ciencia bárbara y errabunda ha sido siempre, y presumo que lo será, la ciencia española.»

Estas son las enseñanzas de Ortega que yo asimilé, también a cierta distancia, nunca a la justamente proporcionada de un aula. ¿Románticamente? ¿Indisciplinadamente? No del todo. En primer lugar, el término *romántico*, que para Ortega significa «pecado» —y su modo de considerarlo es tan riguroso como un precepto del Decálogo—, tiene profunda analogía con otro cuya pureza nadie osaría discutir: lo aclararé más tarde. La distancia que mediaba en mi conocimiento de Ortega, tan diferente de la proximidad de sus discípulos oficiales, era una especie de tamiz en el que sus ideas se cernían, atravesando el silencio de mi falta de letras, y me llegaban como un olor... No digo como un perfume, por evitar ese cariz de lo bello que Ortega rechazaba como comienzo. Sus emanaciones me llevaban, como un barrunto, a decidir la elección entre los cuatro puntos cardinales. Y sucedió que, como sólo se encuentra lo que se busca —y también se puede decir que sólo se busca lo que se tiene—, yo encontré o escogí, en las leves noticias que me llegaban en el aire, dos nociones barruntadas por mí desde los comienzos de mi facultad de inteligir: la ciencia y la forma clásica. Me será difícil demostrar, o al menos delinear, el hecho de que esas dos nociones existiesen para mí en los primeros ocho años de mi vida.

He hablado de ellos hartamente en mi autobiografía, así que señalaré apenas los dos elementos que figuraban en mi horizonte *Desde el amanecer*. Este título, ya conocido, designa la importancia que tuvo en mi vida mental *lo primero*. Una vez remontada el alba, entre los primeros alimentos figuraban la Ciencia, Julio Verne señoreando en la biblioteca de mis padres y sustentando en ellos el más firme futurismo, y la forma clásica, esto es, la

imagen del Apolo, entrevista en el vestíbulo de la Escuela de Artes y Oficios. La imagen... necesitaría un testigo que pudiera afirmar la reacción de mi mente, cosa que no he oído decir que nadie alcanzase, pero en cierto modo sí puedo decir que lo tengo: una larga vida de trabajo que jamás se desvió un punto de lo intuido en aquel instante, y lo que los hechos atestiguan es que lo que capté de aquella imagen fue el *sentido* de la *forma*, con la resonancia ética que la idea de forma implica. «Esto *es así*, porque *así debe ser*.» ¿Quiere esto decir que he fundado una vida de trabajo en una subitánea intuición? No, no es eso exactamente: si fuera eso quedaría incluida en la corriente romántica y no. Ya dije antes que el término *romántico* tiene un homólogo libre de todo pecado: su identidad es relativa, pero su parentesco es muy íntimo. Podemos rechazar lo *romántico*, pero no su colateral, lo *poético*. Ortega no aceptó nunca la ciencia romántica, pero sí vivió entrañablemente *el sentido poético de la ciencia*. El sentido poético, sustancialmente erótico, sobresale con frecuencia —con insistencia, porque insiste por sí mismo— en toda su obra. En cuanto a la ética de la forma, hoy puedo decir que en el instante en que me deslumbró vi que aquello *era así*, y si me atreviese —y casi no me atrevo por la colosal dificultad— diría que en aquel momento y en cualquier otro, en una forma... en cualquier pedazo de una forma —quiero decir de aquella forma sublime—, en un pie o una mano rota de una estatua griega yo leía toda la filosofía de Platón. Repito que el concepto de intuición quedaba restringido en lo poético. Si se habla de intuición—interiorización— no se señala más que la percepción poética de la ciencia, de la filosofía, del arte, etc. Todo esto parece vago, pero no, lo que es es torpe porque no es fácil hacerlo mejor. Con esta brisa o vendaval —ráfaga en todo caso— llegué a la pubertad y la influencia sufrida no tuvo manifestación alguna porque yo no fui precoz. Todo quedó en este barrunto hasta el 1922, y en ese año la distancia geográfica se dilató y la intelectual disminuyó hasta desaparecer: la proximidad no fue la que se encuentra al tocar lo agradable, sino al respirar lo respirable.

Empecé en Roma a leer a Ortega. Empecé, naturalmente, por las *Meditaciones del Quijote* y *El espectador*. Como mi quehacer —que estaba íntegramente por hacer— era escribir, podía adoptar desde un principio el rigor propugnado por Ortega: «La posibilidad de resistir el rigor técnico es para mí el criterio de la veracidad.» Cosa que ya empezaba a ser del dominio público entre los de mi tiempo, y que a mí me era fácil adoptar por haber aprendido a hablar el castellano con estricto rigor —rigor gramatical que me había sido inculcado con sentido profundamente ético—, así que no hallé en ello dificultad alguna. Teniéndolo como principio, podía empezar a pensar en la técnica literaria, y de esto me fue espontáneo no aceptar nada de lo que figuraba en nuestra literatura finisecular. Apareció entonces el primer Joyce, el *Retrato del artista adolescente*, que me descubrió el horizonte ilimitado en que la novela podía atreverse a todo —menos a la vaguedad, por supuesto— y en ese *todo* quedaban incluidas formas literarias

que no eran —todavía— novelísticas: la greguería, la metáfora que henchían el clima de nuestro *Ultra...* El *todo* era tan amplio que alcanzaba a la filosofía, y—¡este era el intrínquilis!— la filosofía —la entrevista, la respirada— se mostraba como novelable. Esta afirmación puede dar lugar a un equívoco: nunca pensé escribir una novela filosófica. Pensé, o más bien intuí —en mi exploración interior— una novela en la que la filosofía —patentemente, la filosofía de Ortega— fuese personaje novelable. Claro que, para no incurrir en discursos filosóficos, lo que imaginé fue un personaje, un hombre, que viviese una filosofía. Más exactamente aún, un hombre en el que la filosofía viviese su vida —la de la filosofía— por tener una idea clara de que la filosofía era algo viviente. No menté ni veladamente la *Razón vital*: sometí a mi personaje a una transfusión de sangre racional. Quiero decir que le hice consustancial con la razón —con su razón—, admitiendo sólo los elementos anejos a ella como componentes o accidentes de su vida... En primer lugar, claro está, el amor. Una primera novela, una novela juvenil no podía dejar de tener como tema el amor, y, en su textura, en su *mínimum* de acción dramática, el conflicto, o sea, el triángulo. Pero triángulo que, por fidelidad al drama vivido, era un mero ir y venir de la conciencia —de lo consciente, digo— de acá para allá, de ida y de vuelta.

Me importa señalar que esta aventura literaria la acometí en el invierno del 25 al 26. Mi adquisición de la filosofía de Ortega se condensó dramáticamente en la situación de un hombre con su *circunstancia* —es el único término orteguiano que prodigué a troche y moche. Y claro que la empresa era atrevida, teniendo en cuenta mi inexperiencia literaria, pero más, mucho más—¡escandalosa inexperiencia!—, filosófica. Justificaba mi atrevimiento el hecho de que era fruta del tiempo, y, podría decir, dando a la palabra extremada altura e importancia, era *moda*. ¿No fue esto mismo lo que hizo, poco después, Jean-Paul Sartre con la filosofía de Heidegger?... Claro que Sartre no era tan inexperto y le salió muy bien. En fin, esta breve novela quedó como manifestación patente de la influencia de Ortega en mi literatura (estoy harta de hablar de este tema, pero siguen preguntándome y no puedo dejar de contestar), influencia a distancia, sin el tan útil y fructífero intercambio que se produce entre el discípulo y el maestro cuando éste está próximo y ayuda a conducir, modificar y enriquecer la obra empezada. Quedó en eso, como toda aventura, pero la influencia continuó a través de mis largos años de trabajo: no tan manifiesta, es decir, no tan circunscrita a la brillante fórmula de las *Meditaciones*. La influencia se abismó en el fondo, allí donde la intuición rebusca las briznas infalibles y subieron a la superficie las enseñanzas respiradas en la primera juventud..., en mi primera juventud..., en la primera juventud de la filosofía de Ortega. Volviendo a explicitar el título de mi novela, puedo decir que una vez realizada la *ida*. —mis seis años de Roma— tenía que acometer la *vuelta*, esto es, revivir el principio familiar, los principios familiares respirados nada más pasar la cartilla, y de las grandes enseñanzas ya difundidas se des-

tacaba aquella disputa que tenía acento tan *casero*, acento que no se diferenciaba en nada de los sorprendidos a veces entre los parientes próximos o lejanos. El artículo «Unamuno y Europa, fábula», en que Ortega duda si debe o no contestar a la carta de Unamuno, que, sin ambages, afirma que responde a una «filosofía soez», y se pregunta: «¿Qué decir a quien no se preocupa de la verdad? Ciertamente que el señor Unamuno me alude en esa carta: habla de los papanatas' que están bajo la fascinación de 'esos europeos'. Ahora bien, yo soy plenamente, íntegramente, uno de esos papanatas: apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en la que no aparezca con agresividad simbólica la palabra Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España.» Así, después de haber oído discutir a los mayores, es cuando los chicos toman partido. Los hijos pródigos que nos habíamos ido, sin olvidar nada de lo dejado aquí, veníamos con cierta experiencia —visual, al menos— de la cosa aludida y ejercitábamos nuestra pubertad racional en una elección terminante: la europeización a toda costa, haciendo la luz sobre lo que, por tenebrosas reacciones temperamentales, podía degradar hasta lo soez las filosofías —dando este nombre a toda categoría moral— que los más preclaros españoles tenían por costumbre vivir como caballeridad, simplemente.

Europeización a toda costa, y con el ánimo suficientemente prevenido contra el posible encandilamiento del brillo de la civilización. Todos los peligros eran advertidos sólo con tener como meta el rigor racional, panacea de todos nuestros males hereditarios. «Nuestra enfermedad es envaguecimiento, achabacanamiento, y la inmoralidad ambiente no es sino una impresión de la voluntad, oriunda siempre de la brumidad intelectual.» De las disputas familiares de Ortega —con Maeztu, sobre el rigor de la expresión— señalaré las más significativas, pero otras no eran cara a cara entre parientes próximos: consistían sólo en salir al paso de todos los errores y estupideces —su más execrada calamidad— con conclusiones definitivas. Contra la sentencia de abulia, que fluctuaba, *lanzada* por una mente nebulosa: «Un pueblo que no es inteligente no tiene ocasión de ser abúlico. Sin ideas precisas no hay voliciones recias.» Y sería interminable —y peligroso— indicar siquiera los temas suscitados por Ortega sobre la voluntad, sobre el poder, sobre lo genuino, la raza, etc. Prefiero reducirme a las críticas que, dentro del gremio literario, nos formaban íntegramente, de punta a cabo, si es que la ética y la estética tienen cabo y punta... El caso es que no los tienen y, por lo tanto, cualquier sistema crítico, eficaz como gimnasia, podía servir para cualquier gremio. «El sistema es la hondura del pensador. Mi convicción política ha de estar en armonía sintética con mi física y mi teoría del arte.» Con todo esto, lo que sucedió no fue que los discípulos adaptásemos el sistema a nuestro gusto, sino que el sistema mismo, en tanto que exposición y valoración de los sistemas, se afincaba tanto como se dilataba en posibilidades. Aceptarlo era instaurarlo interiormente. «Estos —los sistemas— no han de ser más o menos importantes: han de ser y basta. De su falta proviene el doloroso atomismo de la raza española,

su disgregación. Es preciso que el alma nuestra marche con perfecta continuidad desde *Los borrachos* de Velázquez hasta el cálculo infinitesimal, pasando por el imperativo categórico.»

En estas máximas archinacionales se escapa o se entremezcla una expresión que no diré sentimental: no, eso no, pero sí de índole cordial o más bien patética, «el doloroso atomismo», dice, y anhela arrancarlo del «alma nuestra»... No me dilato, por el momento, en el elemento cordial, imperante, fundamento erótico de toda didascalía: lo subrayé antes al señalar la pugna que al principio calificué de *casera* y que, por radicar en lo más profundo de nuestros dos patriarcas, nunca fue zanjada. Quiero pasar rápidamente por una querrela de poca importancia, pero de muy denso sedimento ético-estético. Ortega se detiene a comentar una disputa entre Valera y Campoamor, sobre *Metafísica* y *Poesía*... Y en aquel tiempo —1910— el tema resultaba revenido; suscitarlo ahora parece que es perder el tiempo, pero no lo es, si lo damos como ejemplo de ejercicio analítico, que pudo servirnos para enfocar la linterna sobre decenios de literatura española. Señalaré la faceta estética o simplemente literaria por resultar más directa al autor —Valera, en concreto; Campoamor queda en un segundo plano—. El artículo se intitula «La crítica de Valera. De la dignidad del hombre. Valera como celtíbero». Ortega empieza por exponer su propia opinión: «Yo no concibo la crítica si no parte de un ennoblecimiento, siquiera sea provisional, de la cosa sometida a la crisis» • [...]. «Por cierto que Valera entendió la crítica completamente al revés de como yo la entiendo» [...] «La crítica de Valera es una crítica de rebajamiento: movíale a ella un inconsciente positivismo: un positivismo cazurro y extraintelectual, que solemos hallar en los hombres de nuestra raza cuando rascamos un poco su epidermis. Así en Valera había primero un ropaje exquisito de hombre moderno, una amplísima lección, una apostura elegantísima, una ironía gramatical deliciosa: mas tras ella solía aparecer un cortijero andaluz, buen recibidor, anchamente simpático, lleno de facundia y malicia bondadosa. Hablad a Valera de Hegel, de la Revolución francesa o de Verlaine: más allá del hombre *dix-huitième*, más allá del labriego cordobés se erguirá definitivamente, nervudo e indomable, el demócrata celtíbero —*colorati vultus ple-rumque crines*—, el celtíbero irreductible al álcali europeo.»

Con buena intención, podríamos decir que en Valera todo esto significaba complejidad de carácter, pero el rechazo que se experimentaba ante su *tono* eliminaba todo conato de buena intención. Dejando en su medida justa la estética, llegamos al resultado final de un desolador vacío. Ortega dice, terminantemente: «Si el reverso de la historia aparece como una disolución progresiva de los mitos y errores, el anverso será necesariamente la progresiva invención de las verdades que los han disuelto.» La falta de toda invención —de fondo, se entiende— en el presente no atañe especialmente a Valera, pero sí su natural constatación. «Fuera interesante perseguir, a través de la obra de Valera, ese prurito de reducir a la condición de cosa doméstica y consuetudinaria todo lo que hay en la historia humana de gran-

de y trascendente.» La acusación de Ortega a la conducta crítica de Valera es despiadada y también lo es la crítica de su obra y de su personalidad. Este ¡alerta! nos sirvió cumplidamente para pervivir ese prurito de disminución y degradación de la cultura —de las ambiciones humanas— en muchos —¡de los mejores!— más venerados escritores nuestros, que apenas puedo señalar en esta nota por las dimensiones de su enrevesamiento contradictorio, paradójico, digamos por consistir en una influencia externa —¡europea, *helas!*, que delata algo así como una reacción *instintiva* del *espíritu*— del logos, digo, o tal vez de la mente cansada en su faena de pensar, y elige, entre los que dilapidaban su pensamiento en el lujo de la literatura, por encima de las adquisiciones —infiltraciones— más futuristas —dando este calificativo no a lo teórico, sino a lo práctico—, nuestros grandes habían elegido —con ternura, con simpatía, ¡esto es lo inaudito!— toda la hiél del «Vicario saboyano», cuyas huellas destructoras es fácil encontrar en Unamuno (*Amor y pedagogía*, principalmente), en Galdós (*Nazarín*, lo más manifiesto), en Machado (levemente difuso, pero evidente en su *Mairena*)... Esto es lo grave, que no son mentes que podamos desechar, tachar, borrar y cuenta nueva. Nada de eso; podemos combatirlos, sabiendo que los llevamos dentro, de modo que el ejercicio a que nos conducía el maestro que nunca incurrió en la desvalorización de lo grande ni nunca emitió un acento de resentimiento ni se disipó en indecisión o titubeo desorientado era seguir llevando a cuestas nuestra circunstancia histórica... Pero no, no a cuestas como si se tratase de un fardo: llevando nuestro pasado en la palma de la mano, examinándolo con sentido analítico, metódico, económico ante todo... Cálculo que podría decir agrario, esto es, en sentido de la feracidad, de la eficiencia. Propugnar el sentido económico puede parecer primacía de lo práctico, y, sí, en cierto modo lo es: dije agrario y mejor puedo decir biológico... Se trataba de detectar las profundidades en que todavía hubiese algo vivo, en lo que pudiera enraizar se lo que vivía —vida racional— en nosotros.

Con lo que va dicho queda, en realidad, cumplido lo que me ha sido encomendado, y claro que es espontáneo querer dar un poco más de lo justo, pero en seguida acomete el temor de oscurecer o relegar —poniendo alrededor demasiadas cosas— lo primero y principal: en una palabra, lo definitivo... Puedo decir también lo *extraordinario* porque en ese *extra* reside la motricidad vital del fenómeno. La aparición de Ortega —de su filosofía, su prosa, su estética— fue un hecho *extraordinario*; hace falta subrayar de algún modo la palabra, para realzar así, en su condición de palabra común, cómo tiene fuerza de hecho real. Los optimistas sostienen que la cultura de nuestro pueblo está llena de genios... Los pesimistas —sistemáticos— lo negamos, pero reconocemos con satisfacción a «los pocos sabios que en el mundo —nuestro mundo— han sido». Es cierto que entre pensadores y artistas contamos con unos cuantos, pero el caso de Ortega es *extraordinario*: diciendo esto ya reconozco que *ordinariamente* hubo grandes mentes en España. La de Ortega fue *extraordinaria* por sus tendencias insólitas.

La proverbial petulancia española quedaba desechada por el examen de conciencia nacional, racional hasta la «transparencia». Examen implacable quiere decir que no sólo rebusca en el último fondo, sino que se ofrece y se mantiene en escrutinio permanente de la circunstancia. Este término, en Ortega, tiene de *extraordinario* su ilimitación de cadena sin fin..., sin fin por ser inagotable en *principios*, no como lo que continúa dando la vuelta, sino inaugurándose interminablemente. Ortega pudo darnos esa consideración o salvación de la circunstancia, pero su circunstancia personal, incanjeable, no pudo dejárnosla en su testamento, y lo *extraordinario* es que nunca jamás lo intentó, no dejó dogma alguno, si no es ese de la cadena interminable y siempre brillante en su presencia, en todo presente.

Si yo fuese capaz de hacer un breve esquema de la obra de Ortega me detendría en los puntos culminantes que anticiparon tramos muy graves de la cadena: *La rebelión de las masas*, *La deshumanización del arte...*, monumentos parecen las cosas ya pasadas por la imprenta y puestas en anaqueles, pero éstas, en realidad, fueron más bien como piedras tiradas con honda hacia un blanco que todavía no era visible, pero que venía avanzando. Y lo grande es esto: Ortega lo veía avanzar y no intentó jamás detenerlo. ¿Por qué?... ¿Porque habría sido inútil?... No, no sólo por eso, sino porque él se sentía a sí mismo comprometido en el avance... puesto que el avance es el avanzar de la vida, el avance es lo vital y su razón, el fluir lógico de su mente no le permitía poner diques a la marea, ni siquiera al maremoto. Había intentado inculcar en las juventudes la disposición de ánimo: valor y claridad mental. Ortega sólo propugnó un heroísmo, el de la búsqueda de la verdad, calibrando bien el valor que hace falta para mirarla cara a cara.

Dije antes que mi juventud —mi pubertad intelectual— asimilaba la filosofía juvenil de Ortega, y creo que toda mi generación estaba en el mismo caso. Es evidente que los estudiosos siguieron estudiándolo, pero el arrebató o más bien la iluminación inusitada de las mentes jóvenes se inflamó por la obra que, en sí misma, parecía inusitada: se derrochaba sobre la escuela —que brotaba a su alrededor— antes de haber alcanzado su reposo magistral. Hay en esos comienzos —unos y otros— un poder desmedido que basta con llamar *eficiencia*. Quitemos a esta palabra el carácter práctico con que se la prosaiza... *Eficiencia* es el don que se alcanza en el chispazo de la intuición, cuando ésta choca con el pedernal de las más duras profundidades, en la que *ya está todo entero*... El pensador —diría el *pensante*, por aludir a la primigenia actitud de esfuerzo, a lo Rodin— ve en ese momento toda su obra, la ve y la oye como llamada, vocación o destino o potencia que, desde un principio, despliega el brillo de su *eficiencia* seductora que se pone en práctica germinando... Me asalta el recuerdo de la obra juvenil de Nietzsche, *El origen de la tragedia*, que tengo entendido fue muy censurada seguramente por eruditos que padecían alguna fobia o filia incompatible con él. La posición del filósofo ante la cultura griega; el aserto —casi dogmático— de que *esa es la cultura* y ninguna

otra, compendia la tarea que siguió hasta el fin de su vida... Así, en Ortega, el esplendor de sus primeras obras iluminó el resto, tan múltiple y cambiante como idéntico a su principio: su adhesión —o consustanciación— con la cultura de Occidente —la cultura griega indiscutible, insustituible—, su voluntad de profesar en la racionalidad hasta tocar y hacer tocar, cómo se pone ahí delante para que el que tiene oídos oiga y el que tiene ojos... Más exactamente para el que tiene ojos, porque la circunstancia, aunque sea muda, habla con su presencia.

Sería arriesgado hacer un deslinde entre la obra juvenil de Ortega y la de su madurez, pero él mismo esboza la idea en un momento harto precoz. En el artículo «Canto a los muertos, a los deberes y a los ideales», publicado en 1906, señala, en un acceso de experiencia (Baudelaire decía de Poe que tenía la experiencia innata, cosa infrecuente, pero a veces evidente), Ortega la diferencia de tono en la obra y en la conducta a lo largo de los años. El artículo tiene, desde un principio, un acento sombrío: en realidad, elegiaco, porque, lamentando la vida irrealizada de Navarro Tomás, llega a decir que la única muerte irreparable es la de lo que no llegó a ser, y sigue: «La vida es, ante todo, una faena de domesticación y de poda de ilusiones...» Resulta raro verle llegar a esta conclusión, pero en seguida añade: «mas por lo mismo es preciso entrar por ella con pasto abundante en que se bebe». La poda de ilusiones, que parece advertencia coactiva para la juventud, pronto queda compensada por el mandato de «entrar por ella con pasto abundante...». El decidido estímulo a toda nutrición —claridad racional como alimento básico— parecía guiarnos con su ejemplaridad, sin embargo, en estos párrafos que loan los deberes y los ideales, señala o deslinda la conducta humana cuando todavía no podía haber sido modificada la suya. «Una injusticia suscita en un mozo indignación; en un viejo, nostalgia de la indignación.»

La experiencia innata es el don profético que —como antes dije de la obra— abarca el total, lo hecho y lo por hacer. Ortega anunció *La rebelión y la deshumanización*, que llegaron a alcanzar dimensiones inimaginables y el mundo o mundillo trató de dar a entender que esas eran dos cosas que él propugnaba cuando, a pesar de reconocerlas inapelables, las combatía con habilidad. Creó la serie de biografías, que no tenía más fin que paliar la deshumanización, con la esperanza de que entre los jóvenes prosistas surgiera un rehumanizador que la rehumanizase. Algún resultado dio su empeño. En la creación literaria o artística siempre hay algún botón de muestra que, aunque no basta, impide que se dé por zanjada la desesperanza. Sólo en las esferas en que lo individual no cuenta o cuenta muy poco, sus enseñanzas —pongamos en primer lugar lo que su obra tuvo ¡y tiene! de enseñanza— fueron admitidas, admiradas, entendidas..., pero ¿asimiladas profundamente, con *eficiencia* germinal?... El colosal ensayo *Vieja y nueva política...*, ¿qué fue de él? Claro que, como tal ensayo, ahí está: es una pieza de primerísima categoría, pero ha pasado mucha agua bajo el puente... Bueno, y ¿qué?...

Prefiero no intentar una excursión por las cumbres, que no están a mi alcance: prefiero mentar el esplendor de aquellos años en que la juventud sentía indignación ante la injusticia y entusiasmo, deleite, impulso generador ante las formas ofrecidas —puras, correctas, justas— por la justicia de la estética. Creo que la mayor —me atreveré a decir la más verdadera, la más sustancial, la más original, esto es, propia, singular— gloria de Ortega es ese magisterio que ejerció sobre la juventud. La circunstancia nuestra no es la suya, pero las circunstancias no cambian las leyes biológicas: cambian los hechos, los fenómenos, efectos de las causas inmutables y la ley más axial en la obra de Ortega es que ésta *fue dicha por él a los jóvenes*. Si no hubiera sido éste su propósito, tal vez se hubiese encerrado en un refugio de meditación, en vez de prodigarse socráticamente por las calles, cátedras o periódicos. La ley es que en lo cambiante prevalece lo permanente, y Ortega, teniendo como joya de su creación la salvación de la circunstancia —rueda de la Fortuna— cambiante sin reposo, siempre creyó que hablaba a unos y a otros: a los que, siendo otros, eran *lo mismo*. La juventud, que quiere ser fertilizada por la palabra del maestro.

Creo saber, de oídas, que lo que más se trató de eliminar en el prestigio de Ortega fue precisamente su magisterio, y creo que toda predicación orteguiana que no esté dirigida, enfocada, compenetrada con la juventud —con la nuestra, la actual, sea como sea, conservada como en germen a cien codos de profundidad—, en apariencia modificada biológicamente —quiero decir, irreconocible—, todo lo que no sea eso es predicar en desierto. No es optimismo, ¡eso jamás!, pero en un mundo ideal de rigor racional ético-estético no se dan modificaciones monstruosas..., y, si se dan, quedan a la vista como *modificaciones monstruosas...* Esto no es repetir aquello de «¡También lo malejo ha de pasar!...». No, no es tolerancia con los hechos: es reconocimiento de que lo más lamentable fue, en su capullo, cultivado por nosotros, y su eclosión puede parecer todo menos ajena: podemos combatirla, execrarla, pero jamás ignorarla.

Oigo a veces a algunos jóvenes nombrar a Ortega con admiración, veneración, en fin, con la certeza de que existió, habló y no calló. Ortega no fue una de las muertes irreparables, porque el hecho es que *llegó a ser* en España.

R. CH.*

* Escritora (Valladolid, 1898).